

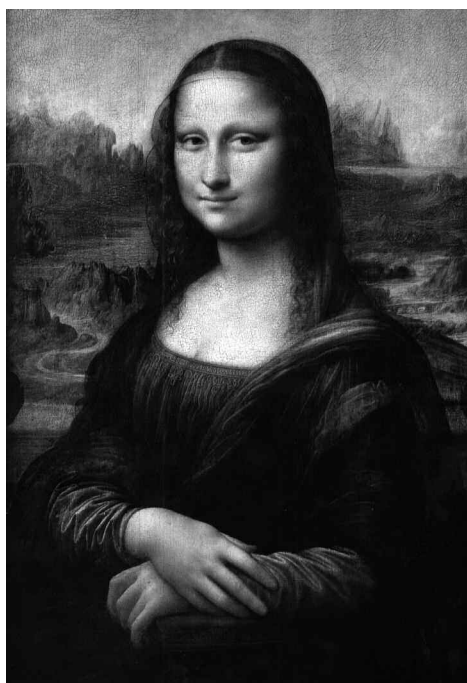
La página viva Mona Lisa, la Vampira

José de la Colina

La presencia que de tan extraño modo se alzó a la orilla del agua expresa lo que en el transcurso de miles de años los hombres han llegado a desear. Hacia su cabeza “convergen todos los fines del mundo”, y sus párpados están un poco cansados. Su belleza está creada en el interior y recreada en el cuerpo, que es recipiente, en cada una de sus células, de pensamientos raros, de ensueños fantásticos, de pasiones exquisitas. Colocadla un instante junto a una blanca diosa griega o frente a cualquier bella mujer de la antigüedad y las veréis quedar turbadas ante esta figura en la que se infiltraron las inquietudes del alma. Todos los pensamientos, todas las experiencias del mundo la modelaron mediante un máximo poder de refinar la forma exterior y hacerla expresiva: el animalismo de Grecia, la lujuria de Roma, la mística de la Edad Media con sus ambiciones espirituales y sus amores sublimados, y el retorno del mundo pagano y los pecados de los Borgias. Es más antigua que las rocas entre las cuales se sienta; como el vampiro ha estado muerta incontables veces y conoce los secretos de la tumba; ha descendido a la profundidad de los mares, cuya luz mortecina perdura alrededor suyo; ha traficado en extraños tejidos con los mercaderes del Oriente; como Leda, ha sido madre de Helena de Troya, y como Santa Ana, madre de María; y todo esto no fue para ella más que el canto de liras y flautas y sólo perdura en la delicadeza con que se moldearon sus rasgos cambiantes y el color que le ha teñido párpados y manos.

(Walter Pater, *El Renacimiento*.
Traducción de J. de la C.)

Tal vez de todos los cuadros de su género en la historia del arte sea el retrato de Mona



Leonardo da Vinci, *Mona Lisa*, 1503-1506

Lisa, o La Gioconda,¹ el más famoso, el más admirado y más interrogado por críticos, por ensayistas, por poetas, por novelistas y, ¡el colmo!, por psicoanalistas. Cuando en la adolescencia leí esta página del crítico, novelista y ensayista inglés Walter Pater (1839-1894) en el libro *El Renacimiento*,² que reúne ensayos sobre Pico della Mirandola, Botticelli, Lucca della Robbia, Miguel Ángel, Da Vinci, la escuela pictórica de Giorgione y los anónimos cuentos medievales franceses, admiré el modo de interpretar, de leer líricamente el retrato daviniano de la Mona Lisa en la página que a su vez acaso sea la más antologada, tradu-

¹ Lisa Gherardini (Florenia, 1479-1542), esposa de un rico y muy conocido comerciante en telas: Francesco del Giocondo, que tenía lazos con la familia de los Médicis y era amigo y mecenas de Leonardo da Vinci.

² Walter Pater, *The Renaissance. Studies in the History of the Renaissance*, publicado en 1873.

cida, famosa y aplaudida entre las del autor. Pero no quedé convencido ni aun ahora lo estoy de que la afamada dama fuese tan bella ni tan sensual como la reproducía Pater. Años después, tras haber podido contemplar el cuadro original en el Museo del Louvre, en el que la visitadísima señora, inmune e irónica ante el paso de los siglos, recibe como si se hallase en el gran salón de los Giocondo, hube de admitir el lugar común de que la belleza del personaje, más que en sus rasgos, en su pecho o en sus manos, aletea en su tan alabado gesto leve y ambiguo y quizá levemente burlón para el pintor, que rodeaba a la dama de músicos de flauta y lira (pagados por el Giocondo, claro está) para motivar esa sonrisa entre pícara y misteriosa y quizás alternativamente desaparecida y reaparecida en el modelo vivo como la del inquietante gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*.

La página pateriana, pese a la sobrecarga de referencias culturales, pese al marchito tono simbolista, pese a la ausencia de alguna anotación acerca de la sonrisa de la dama, tiene una vida propia en su exaltado impulso lírico y en la referencia al parentesco de la retratada con seres míticos como Leda, Helena de Troya y particularmente el vampiro humano, el mil veces *muerto-no-muerto*, el de las leyendas y cuentos de miedo de Europa Central, quien habría de renacer como el *Drácula* bien novelizado por Bram Stoker y el *Nosferatu* genialmente puesto en el cine silencioso por Friedrich Wilhelm Murnau.

Recordemos que Walter Pater, que en esta página evoca el son de las flautas y las liras en torno a Lisa Gherardini de Giocondo, había fijado en el libro su estética con una frase inolvidable: “Todas las Artes aspiran a la condición de la Música”. **U**